

La Iglesia de Francisco: de la politización explícita a la vía de la democratización interna

El gobierno de las almas⁰¹

A pesar de que —como señalara acertadamente Hannah Arendt— desde su misma aparición el Cristianismo supusiera un desafío al poder constituido, se erigiera en una identidad disruptiva de la esfera pública en general y de la política en particular (Arendt, 1998: 68-69), la Iglesia siempre hizo, hace y hará política. Política interna y externa.

Muchos atribuyen esta contradicción a la incoherencia típica de los cristianos. Lo cierto es que la Iglesia (de *ekklesia*, “asamblea” en griego) es una institución esencialmente política. La fe cristiana se estructura desde su origen como una comunidad de discípulos, con sus ritos de iniciación y adoctrinamiento.

En su desarrollo histórico, el Cristianismo se apoyó como credo y cosmovisión en tres pilares fundamentales: 1) un complejo sistema de creencias, que era preciso enseñar y aprender, desarrollar y custodiar; 2) un ritual igual de sofisticado, que operaba como mediación entre Dios y los fieles, que había que oficiar y del que era necesario participar; 3) un código de conducta que había que practicar, enseñar y hacer observar.

La solución no podía ser sino una institución organizada jerárquicamente, con una estructura y finalidad políticas. Esa solución, como puede suponerse, no estuvo exenta de contradicciones ni de concepciones divergentes:

Es innegable que dentro de la imagen cristiano-medieval del mundo hay también diferencias muy importantes. Todo un abanico de actitudes críticas que van desde el celo expiatorio y ascético de los radicales y los sectarios que desprecian la política hasta el estrecho vínculo del Papado y el Imperio, cuya idea está presente en los grandes pensadores católicos de la época de Santo Tomás y Dante (Ritter, 1972: 23).

Esta condición política inevitablemente se constituiría en motivo de confrontación con el poder secular. Tendemos a pensar en el célebre pasaje de Mateo 22, 15-22, que reconstruye el diálogo entre Jesucristo y los fariseos sobre la licitud de pagar el tributo al César, desde la comodidad del reciente y casi universalmente aceptado principio de separación entre Iglesia y Estado, que sólo la pérdida de relevancia política, social y cultural de la Iglesia en un contexto de secularización parece haber consolidado. Se trata no obstante de una solución de fácil enunciado pero difícil aplicación. Durante casi dos milenios constituyó para el universo cristiano un conflicto político de primer orden.

La política que lleva a cabo la Iglesia, no obstante, tiene sus particularidades. Una de ellas es la negación de su propia condición política, como puede verse en un conocido mensaje radial de Pío XII en la Navidad de 1951: “la Iglesia no es una sociedad política, sino religiosa” (citado en Belaúnde, 1962: 96-97). Como si una cosa y la otra fuesen excluyentes.

En este aspecto particular, la Iglesia parece replicar la conducta de las diversas sociedades secretas del siglo XVIII en Francia y Alemania, que conspiraban contra los regímenes absolutistas bajo la apariencia de cenáculos literarios, asociaciones filosóficas o de perfeccionamiento moral.

Otra vez, lo más sencillo sería pensar que es una muestra no ya de incoherencia sino de la hipocresía católica. La realidad es bastante más compleja.

En primer lugar hay que tener en cuenta el contexto de uso del término. Si por “política” entendemos el conjunto de actividades que se

01. Quisiera agradecer muy especialmente los comentarios y sugerencias de Juan Pablo Serra Bellver y Fernando Galindo Cruz sobre este texto.

So I think that the Pope is a very political person.
Donald Trump



por **Héctor Ghiretti**

Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesor de la Universidad Nacional de Cuyo (Argentina).

realizan exclusivamente en el ámbito del Estado, la Iglesia no es una institución “política”. Es básicamente así como se sigue entendiendo la política en la actualidad. Fue Carl Schmitt (1999: 49-54) quien señaló que es el pensamiento liberal el que ha confinado la política al recinto del Estado.

En el marco de significación referido, toda institución que opere *dentro* de los Estados o *en relación con* ellos y a la vez se defina como “política” automáticamente entra en disputa por el poder, algo en lo que la Iglesia ocasionalmente incurre pero no de forma regular y tampoco como una facción o un partido político más. Si se lo mira desde el principio de separación entre Iglesia y Estado (que rige en la gran mayoría de los países de cultura cristiana, con diverso grado de aplicación) los Estados no contemplarían tal posibilidad sin considerarlo una intromisión impropia.

En el barro de la puja democrática

Hay otra razón para negar la condición política de la Iglesia, y es de orden interno. En un contexto fuertemente hegemonizado por la legitimidad democrática, una institución que se defina como política *necesariamente* abre la posibilidad de que se intenten articular formas de participación con criterios democráticos. La identificación/confusión contemporánea entre *política* y *democracia*, en la que incurrían hasta los pensadores más agudos, es prácticamente universal.

Fue Aristóteles quien afirmó que el tipo de ciudadano depende de cada régimen político. Como es bien sabido, la Iglesia no constituye una monarquía absoluta, pero el principio de legitimidad por el que se rige (más allá de las siempre latentes tendencias conciliaristas) está fuera de cuestión. En esa monarquía el único ciudadano es el Papa y eventualmente aquellos en los que delega tareas y responsabilidades específicas.

Una institución política pero que no se presenta, representa ni concibe como tal tiene una particularidad nada despreciable: *solo* la jerarquía hace política propiamente dicha —en este caso, el Papa, sus cardenales y obispos, regularmente en relación de subordinación y consulta— mientras que el resto obedece y se encolumna detrás de sus pastores. Esto le otorga la nada despreciable ventaja de disponer de una masa social disciplinada y organizada. Los pastores deciden y mandan (últimamente, más bien sugieren). Los fieles obedecen.

Pues bien: esto podría estar cambiando, si no de forma permanente, es probable que por un lapso más o menos prolongado. Nos referimos a la prédica del Papa Francisco en lo que se refiere al compromiso político de los católicos y las vinculaciones de la Iglesia con el mundo de la política: parecería estar llevando a cabo una politización explícita de la Iglesia, cerrando al menos parcialmente la brecha ya referida entre praxis política y discurso no-político, o apolítico.

Esto podía verse ya en el prólogo que escribiera siendo presidente de la Conferencia Episcopal Argentina para un libro en colaboración publicado por el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) sobre los católicos y la política.

En ese texto, Bergoglio reconoce que efectivamente existe una tensión irresoluble entre el oficio del político y la fe del católico, imposible de ser superada por una síntesis dialéctica, aunque sin especificar en qué consiste esa tensión, que es propia de lo que no puede ser completamente separado pero tampoco unirse en una identidad perfecta (AA.VV., 2006: 5-7). Casi inmediatamente a continuación, afirma la “fecundidad” de esa tensión y sus posibilidades de desarrollo, sin advertir en ningún momento sobre lo propiamente tensivo, sus riesgos o peligros, que no son escasos ni menores aún para la conciencia católica más prudente y mejor formada.

La idea de la misión política de los católicos es una presencia constante en sus alocuciones.

En un evento realizado con alumnos de escuelas jesuíticas en junio de 2013 calificó la participación de los católicos en política como una “obligación”.⁰² Supone una variación sustancial de la posición tradicional de la Iglesia al respecto, que con frecuencia ha promovido el compromiso político de sus fieles pero sin escalarlo al plano de la obligación moral universal. El Pontífice limitó ese deber a los laicos, pero es claro que el mensaje no ha dejado indiferentes a los clérigos, quienes son los encargados de difundir la prédica pontificia y también quienes por su condición poseen la capacidad y la representatividad de volcar en la política el capital social de los fieles.

Resulta evidente que, por las razones ya dadas, un intensificación del compromiso de los católicos impulsado por la propia Iglesia podría producir efectos en el ámbito de la política secular según su propia dinámica, sus leyes y modalidades: básicamente en el contexto de una praxis democrática liberal. Esta nueva relación de los católicos con la política tiene un ámbito particular de manifestación y desarrollo en los países en los que son mayoría: Europa mediterránea y América latina.

En este contexto tienen lugar las definiciones electorales del padre Alejandro Solalinde, conocido por su trabajo en favor de los migrantes. El clérigo se pronunció explícitamente por MORENA, el partido de Andrés Manuel López Obrador, como única alternativa política posible para las elecciones presidenciales mexicanas de 2018 (vid. <https://www.youtube.com/watch?v=noDGG19E1Dg>).

Estas definiciones son realmente sorprendentes, por varias razones. Es novedoso que un sacerdote tome una posición política tan abierta y explícita en un país con sensibilidades laicistas tan arraigadas como México, aún a pesar de la fuerte religiosidad popular de los mexicanos.

02. El diálogo de referencia se halla a partir del minuto 35: 40. Vid. <https://www.youtube.com/watch?v=PMhWXEqPwqk>

Por otro lado es notable que Solalinde replique de forma tan puntual la línea argumental de MORENA, lo que revela una preferencia que va más allá del “es lo que hay” (que en realidad tiene el sentido particular de “es lo que queda”), que termina siendo el criterio de elección de muchos mexicanos bien informados. Finalmente resulta extraño que un hombre de la Iglesia abrigue esperanzas en un partido cuya única ventaja respecto de los otros (de los cuales se muestra decididamente desengañado) es que todavía no se ha visto enfrentado al ingente desafío intelectual, técnico y moral del ejercicio del poder del Gobierno Federal.

Solalinde baja a un terreno en el que la Iglesia tradicionalmente ha rehusado ocupar: el de la lucha electoral, la opción positiva y explícita por una determinada fuerza política. La victoria de López Obrador lo posiciona a la vez como referente no menor dentro del equipo de gobierno y como nexos con sectores católicos.

El caso Solalinde supone una llamativa ruptura en las formas en que la Iglesia decide intervenir en los procesos electorales: usualmente lo hace de manera indirecta, advirtiendo sobre los proyectos o las propuestas de campaña que los católicos deben abstenerse de votar. Por lo general, evita personalizar las opciones electorales de los fieles.

Por su parte Giovanni Nicolini, el “padrecito de los pobres” de Milán, explicó recientemente que es imprescindible rescatar la política mundial de su subordinación a los intereses financieros. En su opinión, el único que hace verdadera política en el mundo es el Papa Francisco, al ponerse al lado de los pobres, los marginados y los débiles. Nicolini afirmó que era necesario empezar a enseñar política desde la escuela elemental.⁰³ Difícil concebir una politización más explícita y completa.

03. Vid. <https://video.repubblica.it/edizione/genova/nicolini-a-genova-il-prete-dei-poveri-la-politica-e-morta-facciamo-la-risorgere/297128/297748?ref=twtr>

El punto es realmente interesante porque revela mutaciones en el discurso pontificio que despiertan simpatías en determinados sectores (católicos y no católicos) y preocupación en otros (esencialmente católicos): al parecer, la comunidad que pretende liderar Bergoglio no es ya la de los fieles cristianos, sino la de los pobres y excluidos de la Tierra. Unos ven en este desplazamiento el encuentro definitivo de la Iglesia con su misión histórica. Otros un proceso acelerado de secularización y disolución del *Cuerpo Místico* de Cristo.

Argentina, banco de pruebas

Podría pensarse que las de Solalinde y Nicolini son ocurrencias personales, sin mayor trascendencia. Pero también pueden vincularse a fenómenos similares que están ocurriendo en la propia patria de Francisco, la cual funciona, por efecto de una voluntad deliberada o no, como banco de pruebas de la prédica pastoral del Pontífice.

La relación del antiguo cardenal Bergoglio con su país se ha vuelto realmente complicada. El casi unánime entusiasmo patriótico de los argentinos por la investidura pontificia de un connacional es cosa del pasado.

Resulta necesario reconstruir los hitos principales de la relación del Cardenal Bergoglio con el poder político. Durante los últimos gobiernos peronistas, el desdén recíproco entre Bergoglio y los Kirchner mutó en hostilidad activa cuando en 2007 un obispo retirado, convertido en candidato a la asamblea para la reforma de la Constitución de la pequeña provincia de Misiones, echó a perder de forma indirecta el proyecto de reelección indefinida de varios gobernadores afines al Gobierno nacional y frustró a la larga una modificación de la Constitución nacional en ese mismo sentido, que le hubiera permitido al matrimonio Kirchner la iteración sin límites en el poder.

“La Iglesia no es una sociedad política, sino religiosa. Como si una cosa y la otra fuesen excluyentes”.



“El papa Francisco parecería estar llevando a cabo una politización explícita de la Iglesia, cerrando al menos parcialmente la brecha ya referida entre praxis política y discurso anti-político”.

Los Kirchner atribuyeron la maniobra al Cardenal. Este primer choque dio lugar al contraataque de un sector del gobierno, que montó una operación en conexión con Roma para reemplazar al entonces arzobispo de Buenos Aires. El gobierno desistió de esa maquinación, pero las relaciones quedaron afectadas. La aprobación en 2010 de la ley de matrimonio igualitario, una iniciativa sobre la que existía escasa conciencia y aún menor demanda social fue interpretada como un golpe del gobierno a la Iglesia.

La elección del Cardenal Bergoglio como Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, en marzo de 2013, puso en guardia a un gobierno argentino debilitado y cada vez con menos apoyos, que deslizaba al país a una crisis social y económica. Pero lo que parecía constituir una seria amenaza se convirtió en un inesperado punto de apoyo. El oficialismo —quizá en función de su condición peronista, es decir, instintivamente verticalista— pasó casi en el acto de un precoz y violento discurso de confrontación a otro celebratorio. El nuevo pontífice, por su parte, se prodigó en apoyos y beneplácitos a Cristina Fernández de Kirchner (ya viuda) y su gobierno.

Durante las elecciones presidenciales de 2015 pudo verse una actividad de la Iglesia difícil de identificar en sus objetivos políticos. Por un lado el Papa siguió recibiendo en audiencia y concediendo las ansiadas fotos a funcionarios y candidatos del gobierno. Por otra parte existen datos fundados para pensar que la Iglesia fue decisiva en la derrota electoral de Aníbal Fernández, el candidato oficialista a gobernador en la estratégica provincia de Buenos Aires —fundamental para las aspiraciones de obtener la presidencia del país— por sus supuestos vínculos con el narcotráfico.⁰⁴ Ese revés en el distrito electoral más importante del país resultaría fatal para las aspiraciones de Daniel Scioli, el candidato

04. Vid. <https://www.lapoliticaonline.com/nota/92161-voto-parroquia-puede-haber-voto-cruzado-scioli-vidal/>

oficialista a la presidencia, que presumía de mantener un vínculo privilegiado con el Papa.

Cambiamos, la nueva fuerza política en el poder, no buscó una relación estrecha con el Pontífice, del mismo modo que éste no intentó un acercamiento al gobierno de Mauricio Macri, a pesar de que Francisco pudo encontrar en sus filas a antiguos amigos y colaboradores muy estrechos. Tampoco influyó el hecho de que buena parte del electorado católico de clase media votara por Macri. El Pontífice dispuso una relación estrictamente protocolar con el gobierno y mantuvo las relaciones privilegiadas con todos los dirigentes políticos, sindicales y de las organizaciones sociales que formaban parte del bloque de poder del peronismo derrotado, ahora en la oposición.

No serían ajenas las razones ideológicas: en su juventud, Jorge Bergoglio tuvo expresa simpatía por organizaciones que pertenecían al peronismo, un movimiento político que siempre ha subrayado (con razón o sin ella) su compromiso con los trabajadores y los humildes, la defensa de la soberanía nacional y una inspiración en la doctrina social de la Iglesia.

Por su parte el gobierno de Mauricio Macri estuvo signado desde un principio como ejecutor de un ajuste social y económico destinado a reducir el gasto público con el objeto de mejorar la sustentabilidad del sistema económico y la competitividad del país. Se le atribuye (con razón o sin ella) una matriz ideológica neoliberal, orientada a los intereses de las grandes empresas, a lo que contribuye la gran cantidad de CEOs con cargos importantes en su gabinete y la primera fila de los ministerios.

El gobierno de Macri parece situarse lejos de las ideas políticas del Papa, que en no pocas oportunidades se ha pronunciado contra el modo de producción capitalista y el dinero como instrumento de mediación social.

Las definiciones ideológicas de Francisco han ido más allá del país del Plata: su impugnación se extiende a la mayoría de los gobiernos de centroderecha o derecha que han llegado

recientemente al poder en Brasil, Chile y Perú, así como también la deriva ideológica del actual presidente de Ecuador. En un discurso durante su reciente visita a Perú se lamentó de que “se estaba buscando un camino hacia la Patria Grande y de golpe cruzamos hacia un capitalismo liberal deshumano que hace daño a la gente”,⁰⁵ en referencia a la oleada de gobiernos populistas de izquierda que triunfó en casi todo el continente en la última década y que hoy se halla en franco reflujó.

El jefe de la oposición

Actualmente, Francisco interviene en la política argentina de diversas formas, todas indirectas. Manifiesta públicamente su apoyo a dirigentes y funcionarios del anterior gobierno, ahora devenidos en opositores, muchos de ellos procesados en causas por corrupción. Opera a través de múltiples representantes, emisarios y voceros que son dirigentes políticos y sociales, intelectuales, sacerdotes y obispos, ninguno de ellos oficialmente designado, pero tampoco desmentido o descalificado.

Todos ellos parecen actuar con un amplio margen de iniciativa propia pero siguiendo una

05. En el encuentro con los obispos peruanos en Lima. La declaración puede oírse a partir del 1:34:24. Vid. <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/events/event.dir.html/content/vaticanevents/es/2018/1/21/vescovi-lima-peru.html>. Son igualmente reveladoras las afirmaciones de Guzmán Carriquiry, secretario encargado de la vicepresidencia de la Pontificia Comisión para América Latina. Para este antiguo burócrata vaticano de origen uruguayo, ya cercano a Francisco antes de que se convirtiera en el sucesor de Pedro, el panorama continental muestra dos extremos bien visibles: por un lado un “eje del mal”, constituido por Bolsonaro y Trump, y por el otro los esperanzadores gobiernos de Evo Morales y Andrés Manuel López Obrador, cada uno con sus aciertos, promesas e inconvenientes. Venezuela y Cuba son países que atraviesan por graves situaciones, pero Carriquiry se ocupa de señalar que existen corresponsabilidades que van más allá de sus gobiernos. En el medio, casi sin distinguirse entre sí, se ubican Colombia, Perú, Chile y Argentina, países *neoliberales* de los que resalta más sus fracasos e insolvencias que sus políticas exitosas. Cf. <https://www.lastampa.it/2019/01/17/vaticaninsider/el-cambio-de-pocaen-amrica-latina-segn-el-papa-francisco-LjLeO4zBpkeKziAU19z3J/pagina.html>

común orientación opositora. No es casual que el rol de Francisco en la política argentina haya sido comparado con la de Perón durante el exilio en su residencia madrileña de Puerta de Hierro. El Vaticano es lugar de peregrinación de todo el arco opositor, con la previsible excepción de la izquierda dura y otras facciones hiper-ideologizadas. Las “conversiones” más notorias que parece haber ganado el apostolado de Francisco se encuentran entre la militancia política, que lo ha visto como un factor aglutinador de la oposición.

Otras actitudes y declaraciones agregan mayor desconcierto a los fieles católicos argentinos. Advierten que Francisco y sus referentes más próximos en el país se manejan con una lógica que desafía las tradicionales alineamientos y vinculaciones de la Iglesia. Monseñor Marcelo Sánchez Sorondo, Canciller de la Pontificia Academia de Ciencias y muy cercano a Francisco, declaró en una entrevista reciente que actualmente el país que él veía más próximo a lo que podría ser una sociedad organizada según los principios de la Doctrina Social de la Iglesia era la República Popular China.⁰⁶

Estas declaraciones, que podrían estar enmarcadas en una política de acercamiento entre el Vaticano y Beijing, parecen ignorar o despreciar la histórica hostilidad del régimen comunista chino hacia la Iglesia: más de medio siglo de brutal persecución y proscripción, maniobras de usurpación del ministerio, violaciones sistemáticas de derechos humanos y martirios de los cuales los católicos tienen puntual memoria, añaden estupor y causan escándalo.

Otro tanto ha sucedido con la afectuosa carta que Francisco dirigiera recientemente a Hebe de Bonafini, antigua dirigente de *Madres de Plaza de Mayo*, con ocasión de las investigaciones por parte de la justicia federal a causa de malversación de fondos asignados

06. Vid. <http://www.lastampa.it/2018/02/02/vaticaninsider/es/vaticano/chinos-quienes-mejor-realizan-la-doctrina-social-de-la-iglesia-mBmGrdwCpUt2VvswtIkeuN/pagina.html>

a su organización.⁰⁷ Madres de Plaza de Mayo ha mantenido desde sus orígenes una posición hostil hacia la Iglesia argentina, a la que considera cómplice necesaria de la represión ilegal durante el gobierno militar que tomó el poder en 1976. Bonafini siempre se ubicó en las posiciones más radicalizadas de esa organización. En 2008 encabezó a un grupo de militantes que tomó la Iglesia Catedral de Buenos Aires y se jactó de haber cometido un acto sacrílego en su altar. Miembro de la coalición de organizaciones que apoyaban al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, intentó mantener un discurso confrontativo contra Francisco, cuando el oficialismo ya había decidido lo contrario. En su breve misiva el Pontífice compara a Bonafini con Jesucristo. ¿Cómo justificar públicamente, ante los fieles, estas estrechas relaciones con los enemigos declarados de la Iglesia?

Francisco parece cómodo en ese pantano de confusión, en el que lo único que resulta claro es su poco afecto por el actual gobierno. Es particularmente llamativo el hecho de que hasta el momento se ha negado a regresar a su país, contribuyendo directamente a mostrar su relación con Argentina como anómala y fuertemente condicionada. Ya ha visitado todos sus países limítrofes, con excepción del fuertemente secularizado Uruguay. De todos los Pontífices no italianos recientes es el único que ha retrasado en más de cinco años la visita a su país de origen (vid. <https://www.nytimes.com/es/2018/01/14/papa-visita-chile-peru-argentina/>).

¿Vicisitudes de un Pontífice cuyo país se encuentra inmerso en una profunda confrontación política? Puede ser. El hecho es que Francisco no ha podido o no ha querido ponerse por encima de las líneas de enfrentamiento. Tampoco parece que el país se encuentre en una situación de conflictividad tal que sea inevitable tomar partido por uno de los bandos, como sucedió en Polonia durante los

07. Vid. <https://www.lanacion.com.ar/2105835-la-carta-del-papa-francisco-a-hebe-de-bonafini-no-hay-que-tener-miedo-a-las-calumnias>

primeros años del pontificado de Juan Pablo II.

El desafecto de los católicos argentinos por el Papa no parece deberse principalmente a la controvertida doctrina que promueve desde el Magisterio, sino su alineación en los asuntos políticos del país. Este desafecto se ha puesto claramente de manifiesto en la reciente visita apostólica a Chile y Perú, en la que se esperaba una masiva asistencia de fieles transandinos. Los católicos argentinos mostraron una presencia muy marginal.⁰⁸ Es razonable pensar que quienes decidieron no viajar a ver al Papa eran predominantemente fieles de clase media, con recursos suficientes para afrontar un viaje relativamente costoso.

Del aborto a la cuestión Iglesia-Estado

Nunca antes en la historia argentina reciente se había experimentado una presencia tan fuerte, variada y continuada de la Iglesia en el escenario político. Ni siquiera en los tiempos de confrontación con el primer gobierno de la democracia restaurada, que logró la aprobación de la ley de divorcio vincular, en 1987. Esta presencia aumentada obliga a analizar en detalle la reciente discusión nacional sobre la legalización del aborto.

No resulta sencillo explicar sus causas remotas y mediatas. Se trata de un tema central en la agenda de los movimientos feministas y los partidos de izquierda, pero que hasta ahora había sido cautelosamente evitado por las principales fuerzas políticas del país. Como efecto de una marcha contra la violencia de género, a principios de 2018, un grupo de legisladores presentó

un proyecto que promovía la despenalización del aborto y su inclusión en las prestaciones del sistema de salud en forma gratuita.

No obstante los pronunciamientos del presidente Macri en contra del aborto durante la campaña electoral de 2015, el gobierno habilitó la discusión del proyecto. Macri, adicionalmente, se comprometió a no vetar la ley en caso de que fuera aprobada por ambas cámaras. Las razones de este cambio sustancial de posición tampoco son fáciles de determinar. Algunos especularon con la posibilidad de que se tratara de una estrategia electoral, buscando un posicionamiento del gobierno más cercano a sectores liberales y diferenciándose del electorado de origen católico, más conservador. Otros han propuesto la idea de que se trató de un distractor de la opinión pública, en momentos en los que se empezaban a vislumbrar serios inconvenientes económicos y que concluyeron más tarde en una sustancial devaluación de la moneda y el pedido de asistencia financiera al Fondo Monetario Internacional.

La apertura del debate parlamentario, las sucesivas ponencias de especialistas y personalidades destacadas en las comisiones asesoras en ambas cámaras, dividieron a la sociedad argentina en dos bandos enfrentados. El clivaje entre las posiciones favorables y contrarias no siguió los alineamientos partidarios ni tampoco las líneas de gobierno y oposición.

El posicionamiento más notorio fue probablemente el de la actual senadora Cristina Fernández de Kirchner, que pasó de bloquear la discusión sobre el aborto durante sus dos mandatos presidenciales a apoyar explícitamente el proyecto de legalización, algo que contradice la presunción de un acuerdo implícito entre Francisco y la jerarquía eclesiástica argentina, por un lado, y el kirchnerismo por el otro.

La Iglesia tuvo una posición destacada en la articulación de los sectores que se oponían al proyecto, si bien la conducción del movimiento fue acompañada por los obispos y el clero en

un segundo plano. La capacidad de movilización demostrada por los opositores al proyecto fue un factor decisivo en el resultado final. La posición de Francisco durante el debate fue un apoyo indirecto, nunca especificado, expresado en pronunciamientos genéricos contra el aborto como forma de cultura de la muerte (lo cual también sirvió para fijar posición en relación con el referéndum sobre la legalización del aborto convocado simultáneamente en Irlanda).

El rechazo del proyecto en Cámara de Senadores, en el mes de agosto, ha dejado un panorama cuya evolución será preciso evaluar.

Por un lado, los sectores católicos han adquirido una cierta conciencia política que podría traducirse en demandas puntuales a los candidatos en las próximas elecciones: por ejemplo, pronunciamientos explícitos en materia de aborto, género o educación sexual en las escuelas. También han realizado una interesante experiencia en materia de *lobbying* y de intervención en los medios. Esta nueva conciencia parece no solamente no reconocer un liderazgo en la jerarquía eclesiástica sino constituirse en discreta independencia de ella, con el objeto de desvincular la posición contraria al aborto de planteamientos confesionales.

Por otro lado la radicalización de los sectores favorables a la despenalización del aborto y su inclusión como materia de salud pública los ha llevado a poner en el tapete la discusión sobre la separación entre Iglesia y Estado.

En el art. 2 de la constitución argentina puede leerse que “el Gobierno federal sostiene el culto católico, apostólico, romano” lo cual se traduce en un régimen especial de la Iglesia en materia de relaciones institucionales pero también en el financiamiento que el Estado efectúa a algunas de sus actividades. Si bien es cierto que hay sectores de la Iglesia, como la propia jerarquía, que manifestaron su voluntad de renunciar a esas prerrogativas —el caso del sueldo de los obispos, pagados por el Estado nacional—, una aplicación drástica de este principio podría llevar a la crisis de un vasto

entramado de instituciones confesionales con fines educativos, asistenciales y sanitarios, cuyo sostenimiento depende, en diversa proporción, de recursos públicos.

Problemas de legitimidad

Parece fuera de dudas que esta llamada papal a un nivel superior de compromiso político obedece a la voluntad de revertir la declinación de la influencia y la presencia de Iglesia en el mundo actual.

Este intento de análisis de la politización de la Iglesia no estaría completo si no se lo contextualizara dentro de la sustancial pérdida de legitimidad de la jerarquía, sacerdotes y religiosos frente a los fieles en los últimos años.

Es sabido que la legitimidad política se sustenta en dos principios identificados y definidos por los romanos: la *autoridad*, el *saber* públicamente reconocido, y la *potestad*, la *capacidad de acción* públicamente reconocida. Si bien la Iglesia nació y se consolidó como una comunidad política apoyada sobre estos dos principios, como efecto del proceso de secularización y también de las políticas de los Estados contra sus posesiones materiales y su poder institucional, durante los últimos siglos ha debido recostar su poder cada vez más en el principio *autoritativo*. Este principio, en la Iglesia, opera de dos formas diversas. Como autoridad *intelectual*, transmisora, custodia y difusora de la doctrina cristiana y administradora de los medios de salvación; y como autoridad *moral*, ejemplo y maestra de la conducta que deben seguir los cristianos.

Este desbalance entre autoridad y potestad genera una situación particular. Si bien la investidura de la jerarquía y el clero no deriva de una voluntad general expresada en una asamblea de fieles, es cierto que la obediencia que les es debida depende del ascendiente que poseen sobre su grey. La legitimidad de origen

no basta: en todos los casos, pero en este más que nunca ni ningún otro, necesita ser validada por el ejercicio.

El fenómeno de la pérdida de la autoridad de la jerarquía de la Iglesia tiene orígenes remotos. No obstante, el proceso parece haberse acelerado en las últimas décadas, sobre todo después del Concilio Vaticano II, cuando el acceso a sus documentos y conclusiones permitió a muchos fieles en todo el mundo sumarse a discusiones de orden teológico, pastoral, doctrinal y litúrgico. Esta ampliación del horizonte de cuestionamientos en el plano intelectual a la jerarquía y al propio pontificado no ha hecho sino crecer desde entonces.

A eso se suma la pérdida de la autoridad moral. El desprestigio de prelados y sacerdotes ha sido devastador. Los repetidos y escandalosos casos de abuso y corrupción de menores y el consiguiente encubrimiento y ocultación, la venalidad y el manejo poco transparente de recursos, la publicidad de costumbres licenciosas que no poseen encuadre jurídico pero sí suponen graves faltas relativas a su estado, han mermado gravemente el ascendiente del clero sobre los laicos.

¿Cómo afectará la politización explícita a esta declinación de la autoridad de la jerarquía y los clérigos? La fractura trasciende las cuestiones de orden interno y se hace presente en el ámbito político secular: los laicos no solamente no se identifican con los posicionamientos de los obispos en la discusión pública, sino que los contradicen abiertamente.

Dos casos sirven para ilustrar el punto. Uno de las políticas más destacadas del atípico gobierno de coalición en Italia, cuyos socios son el *Movimento 5 Stelle* y la *Lega Nord*, es el notorio endurecimiento en la política de acogida e integración de inmigrantes ilegales provenientes de África. Esto ha proporcionado a Matteo Salvini, controvertido Vicepresidente y Ministro del Interior, niveles de altísima exposición, en los que se observa tanto una enorme popularidad como un extendido rechazo.

“Parece que esta llamada papal a un nivel superior de compromiso político obedece a la voluntad de revertir la declinación de la influencia y la presencia de Iglesia en el mundo actual”.



SOCIEDAD ABIERTA

La familia deSalvini.

La familia deSalvini.

La familia deSalvini.

Famiglia Cristiana, una publicación que es referente de la Iglesia italiana, publicó en su número de julio de 2018 las diversas manifestaciones del rechazo a la política inmigratoria del Gobierno: desde la Conferencia Episcopal a un gran número de obispos nacionales, pasando por los representantes de diversas organizaciones católicas. La portada titulaba *Vade retro Salvini*, una paráfrasis latina del rechazo de Jesucristo a Satanás, que puede encontrarse en Marcos 8,33.⁰⁹ La revista causó un fuerte malestar entre muchos fieles católicos, que en una gran proporción simpatizan con la política disuasoria de Salvini.¹⁰ Resultan particularmente interesantes estos posicionamientos a partir de la desaparición de alternativas políticas de sello católico entre las ofertas electorales, un fenómeno novedoso en la democracia italiana de la posguerra.¹¹

En octubre de ese mismo año las centrales sindicales argentinas, en curso de conflicto con el gobierno, decidieron organizar una concentración de masas en la emblemática Basílica de Nuestra Señora de Luján, patrona de Argentina. El acontecimiento central fue la celebración de una misa calificada de “ecuménica” y oficiada por el Obispo de Mercedes-Luján, Mons. Agustín Radrizzani. El acontecimiento se convirtió en un explícito acto de protesta contra el gobierno, en el que estuvieron presente destacados líderes de las fuerzas opositoras, en particular del pe-

^[1] 09. Vid. http://www.famigliacristiana.it/articolo/migranti-vade-retro-salvini-la-chiesa-reagisce-ai-toni-sprezzanti.aspx

^[2] 10. Un estudio sobre las actitudes políticas respecto de la inmigración en Italia, con desagregados específicos sobre los católicos puede encontrarse en: https://static1.squarespace.com/static/5a70a7c3010027736a22740f/t/5b5ecb23352f53124f-920dc5/1532939059607/Italy+IT+Final_Digital.pdf.

^[3] 11. Sobre la ausencia de una alternativa política católica en las últimas elecciones italianas puede verse el texto de Stefano Fontana, http://www.lanuovabq.it/it/inevitabile-irrilevanza-dei-cattolici. En un reciente texto y sobre la misma línea de razonamiento, el siempre inquietante Marcello Veneziani se pregunta qué formas podría adoptar el resurgimiento de una opción política católica en Italia, después de la desaparición de la Democracia Cristiana. Menciona la posibilidad de que se forme un partido del Papa, que no obstante estaría muy lejos de constituirse en la voz y la representación de los católicos italianos. https://www.marcelloveneziani.com/articoli/e-se-nascesse-il-partito-del-papa/

ronismo. La homilía estuvo marcada por claras referencias críticas al gobierno.

Los líderes sindicales no perdieron la oportunidad de señalar que el acto pudo realizarse gracias a la anuencia del Papa Francisco. Ante el creciente malestar de muchos fieles católicos por una instrumentación tan explícita tanto del santuario como de la ceremonia religiosa, Monseñor Radrizzani se apresuró primero a desligar al Pontífice de toda relación con el acto opositor y misa de Luján, y posteriormente, observando que los cuestionamientos no cesaban, a pedir perdón a quienes “habían sufrido” por dicho acontecimiento.

Dos elementos agregaron rechazo al asunto. Por un lado, las delimitaciones en torno a las inspiración o promoción de Francisco en relación con el acto opositor se produjeron *a posteriori*, es decir, aprovechando la posible confusión para legitimarlo. Por el otro, el acto fue llevado a cabo como respuesta al procesamiento judicial de buena parte de la cúpula sindical —miembros de la familia Moyano— implicada en causas de fraude, evasión, lavado de dinero y malversación de fondos.

Tanto en Argentina como en Italia y otros países, la jerarquía eclesiástica no solamente no goza de ascendiente en asuntos propiamente pastorales ni de autoridad moral, sino que además parece errar sistemáticamente en sus posicionamientos políticos. Las responsabilidades de Bergoglio en estos episodios no tienen tanto que ver con una nueva orientación política general de la Iglesia como con una politización de la jerarquía pero sin una conducción clara que fije criterios. Cada obispo y sacerdote parece “hacer la guerra” por su cuenta.

La agenda política interna

La voluntad de reposicionamiento de la Iglesia en la esfera pública no se deriva precisamente de un estado de vigor institucional interno que desborda sus propios límites. Las apelaciones de Francisco parecen animar a unos católicos escaldados, en retirada.

Y es que el propio gobierno de la Iglesia parece estar inmerso en una profunda crisis. La continuidad bimilenaria de la institución se puede explicar a través de una estrategia alternada de *adaptación* al medio y de *diferenciación* del mismo. Si se excluyen del presente análisis las explicaciones teológicas y se atiende a los aspectos políticos, se advierte que ninguna institución puede sobrevivir tanto tiempo gracias a una pura adaptación, que la llevaría a la disolución, ni a una constante diferenciación, que la conduciría a un aislamiento seguido de extinción.

Siempre es difícil determinar cuáles son las necesidades del momento. En el horizonte aparecen dos alternativas para este Pontificado y los que lo sucedan. Por un lado, sobre la idea de que la sociedad y la cultura siguen siendo cristianas, buscar y resaltar los puntos en común y las visiones y posiciones compartidas con el mundo contemporáneo y con otros credos, tratando de disimular las diferencias o conflictos y manteniendo las tradicionales estructuras e instituciones de la Iglesia concebidas para las grandes masas de fieles, independientemente de si cumplen con su misión apostólica o se han convertido en pesados lastres burocráticos. Es la vía “conservadora” del Papa Francisco.

Por el otro, a partir de la idea de que se trata de una sociedad *poscristiana*, preservar la identidad diferencial de la fe, el culto y la doctrina, proceder a una depuración que aligere a la Iglesia de gravosas estructuras obsoletas y le ayude a preservar su espíritu, en la convicción de que los cristianos son una minoría más que necesita ser confirmada si quiere mantener la cohesión y eventualmente recuperar la vibración proselitista. Fue, probablemente, la fallida vía “reformadora” de Benedicto XVI.

La Iglesia es una barca maltrecha que cruje y parece zozobrar al mínimo golpe de timón. En cualquier caso, enfrenta una grave crisis de *gobierno corporativo*.

En una época de creciente cuestionamiento a todas las formas de autoridad, el pontificado de Francisco no muestra particular preocupación por cimentar un liderazgo interno en materia de doctrina, culto y moral. Sus alocuciones,

El papa Francisco.

El papa Francisco.

El papa Francisco.

documentos y disposiciones causan no poca perplejidad, confusión y contradicción entre sus fieles. Los cuestionamientos por parte de muchos sectores de la Iglesia, más o menos entusiasmados por las expectativas que abrió el Papa latinoamericano y jesuita, no deberían interpretarse automáticamente como la proverbial incomprensión y el escandalo del mundo ante el mensaje cristiano: esas objeciones se realizan *desde el marco del propio mensaje cristiano*. Las expectativas se marchitan, el malestar persiste.

Por otra parte, el actual Pontífice no parece innovar demasiado respecto de sus antecesores en cuanto a la necesidad de comprometer a los laicos en el gobierno corporativo de la Iglesia. Una institución compleja y de escala global requiere un nivel superior de especialización y experticia que la formación sacerdotal no parece estar en condiciones de dar. Tareas fundamentales como administración, finanzas, comunicación institucional, logística o educación podrían ser confiadas a laicos sin mayores inconvenientes, facilitando las labores intransferibles de clérigos y religiosos (administración de sacramentos, celebraciones litúrgicas, predicación, dirección espiritual). Esta alternativa obedecería a un imperativo estratégico, teniendo en cuenta la disminución de las vocaciones sacerdotales y religiosas y la necesidad de aprovechar de la mejor forma los recursos humanos disponibles. Se trata de una iniciativa concreta que abriría las puertas a una nueva forma de concebir y practicar el gobierno de la Iglesia, y que serviría para desactivar y eventualmente de canalizar demandas internas derivadas del discurso politizador.

Por último, a pesar de su intento por tender puentes y espacios de convergencia con el mundo contemporáneo y otros credos, Francisco ha fracasado en satisfacer las más justas y legítimas demandas de ese mundo, que comparte la inmensa mayoría de los fieles y que no es más que la actualización de los principios sobre los que se asienta la moral cristiana: la persecución implacable del abuso y corrupción de menores por parte de sacerdotes y religiosos. Un pecado gravísimo que es a la

vez un crimen y que clama al cielo. El prestigio institucional de la Iglesia está en caída libre.

Los peligros de la politización explícita

La Iglesia parece descender a la confrontación. Ha dejado de operar al modo tradicional —la política de las élites, de los contactos y negociaciones a nivel jerárquico— y ha democratizado su compromiso político. Algunos autores han especulado con una mutación en la concepción política del Papado: del arte del gobierno al barro del conflicto.

Es probable que esta nueva fase guarde inesperadas dificultades para el desenvolvimiento de la misión de la Iglesia. En 1919 un atento observador de la Iglesia Católica advertía con indisimulado alborozo la fundación del *Partido Popular*, precursor de la Democracia Cristiana. Su diagnóstico era terminante: “el catolicismo democrático hace lo que el socialismo no podría hacer: amalgama, ordena, vivifica y se suicida” (Gramsci, 1919).

Para Antonio Gramsci el ingreso de la Iglesia a la lucha democrática minaría las bases sociales del catolicismo, reduciéndolo a una alternativa más en la puja de los partidos democráticos y también afectaría sus propias estructuras jerárquicas. El nuevo catolicismo político, para el pensador sardo, prepararía directamente el camino del triunfo del socialismo. La Iglesia dejaría su posición superior de formadora de la cultura popular y el sentido común y bajaría a la arena política para convertirse en una alternativa más entre muchas: “de dominadora absoluta de la masa de fieles, se convierte a su vez en masa, en emanación de la masa”.

Las esperanzas de Gramsci no se realizaron, al menos no totalmente. La Iglesia perdió parte sustancial de su ascendiente social pero la revolución no llegó: *il vecchio muore e il nuovo non può nascere*. El daño al poderío cultural y social de la Iglesia causado por la Democracia Cristiana fue considerable, pero menor al esperado. Su condición de partido político permitió aislar los efectos, en tanto la Iglesia no entró en forma directa a la puja democrática por el poder.

HÉCTOR GHIRETTI

Héctor Ghiretti.

Héctor Ghiretti.

Héctor Ghiretti.

La politización que parece promover Francisco no sólo no posee la organicidad de un partido político sino que desafía las formas tradicionales de ejercer el poder en la Iglesia. Esta variación podría no ser puramente discursiva ni limitar sus efectos a la política secular. El discurso evidentemente se refiere a la política secular, externa, la que se practica en los Estados. No parece estar en juego ni la organización política de la Iglesia ni su principio de legitimidad, al menos no por el momento.

Pero en la medida en que Francisco insista en hacer expresa la misión política de la Iglesia será inevitable que ese discurso termine penetrando en su interior. ¿Supone actualmente esta politización una alteración en la forma de gobierno de la Iglesia? Parece una hipótesis algo exagerada.

No obstante, en un contexto de creciente secularización, erosión del principio de autoridad y profundización de la sensibilidad democrática, es razonable esperar efectos en el ámbito interno. No pocos principios organizativos fundamentales de la institución se pondrían en entredicho. Las demandas de democratización interna ya se vienen articulando en Alemania: se invocan las formas primitivas de designación de obispos. Esta demanda podría extenderse a otras comunidades numerosas. ¿Es posible que los vaticinios de Gramsci se vean tardíamente confirmados por el apostolado de orientación política del Cardenal Bergoglio?

Héctor Ghiretti.

Referencias

- AA.VV. (2006). *Católicos y políticos, una identidad en tensión. Cuatro hipótesis sobre los límites y alcances de la presencia de los católicos en la política latinoamericana*. Buenos Aires, Agape.
- Arendt, H. (1998). *La condición humana*. Barcelona, Paidós.
- Belaúnde, C. H. (1962). *La política en el pensamiento de Pío XII*. Buenos Aires, Emecé.
- Gramsci, A. (1919), "I popolari", *L'Ordine Nuovo*, 1 de noviembre.
- Ritter, G. (1972). *El problema ético del poder*, Madrid, Revista de Occidente.
- Schmitt, C. (1999). *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza.